

LA EVOLUCION INTELECTUAL DE LA NUEVA GRANADA A FINES DEL SIGLO XVIII

(Traducido del *Bulletin de l'Amérique latine* por Alberto Zuleta).

La independencia americana no fue, como pudiera creerse, un movimiento espontáneo, debido a circunstancias particulares (como los acontecimientos de Bayona en 1808) que hicieran nacer, en los espíritus, nuevas aspiraciones; ella fue, por el contrario, el resultado de una evolución social e intelectual, que se cumplió lentamente, durante la época colonial, en los principales centros de dominación española; en varias ocasiones ella fue ayudada y estimulada por los virreyes españoles, quienes se interesaron más (y esto lo decimos para su honra) por el progreso y bienestar de los países puestos bajo su dirección, que por mantener en ellos la autoridad real.

Y es así como la notable evolución intelectual que se realizó en la Nueva Granada, a fines del siglo XVIII están íntimamente vinculados los nombres de dos virreyes ilustres: Antonio Caballero y Góngora (1782-1789) y José de Ezpeleta (1797-1803). El Arzobispo virrey Caballero y Góngora fue quien organizó la famosa expedición botánica, cuya dirección encomendó al grande y modesto sabio José Celestino Mutis, nacido en Cádiz, en 1732. Mutis había comenzado sus estudios de medicina en Sevilla y perfeccionádoslos en Madrid, donde enseñó anatomía. Atraído por el deseo de estudiar las riquezas naturales de la Nueva Granada, llegó a Santafé, en los momentos en que el virrey Zerda organizaba el Colegio del Rosario, fundado por el arzobispo Fray Cristóbal de Torres en 1653; inmediatamente empezó el estudio de la flora colombiana,

entró en correspondencia con los más célebres naturalistas del mundo, entre otros con Linneo, y su fama se extendió de tal modo que la Academia de Stockcolmo lo nombró miembro correspondiente. En 1772 recibió las órdenes en Santafé, y empezó sus enseñanzas en el Colegio del Rosario. «Era corpulento, de aspecto grave, mirada profunda y penetrante, rostro alargado y noble, frente espaciosa y de un aire misterioso por su amor a la soledad» (1).

En la cátedra se iluminaba su rostro de alegría, y la claridad y precisión de sus explicaciones le granjeaban la confianza y la admiración de sus alumnos.

Celestino Mutis, con el arzobispo Caballero, fue el iniciador de la *expedición* que tuvo por fin estudiar la flora, recoger los specimens de cada planta, formar sus herbarios y reproducirlos en forma que asegurara su conocimiento en lo porvenir.

Escogió como compañeros al presbítero Eloy Valenzuela, matemático y naturalista, y a Francisco Javier Matiz que a sus dotes artísticas unía vastos conocimientos en ciencias naturales. Estableció su centro de estudios, en Mariquita primero, y en Santafé después, en una casa de la calle de La Carrera en cuyo jardín se levantó más tarde el observatorio astronómico, y en la cual instaló un extenso taller, en donde, bajo sus órdenes trabajaron doce pintores y numerosos auxiliares. En la visita que hicieron a Santafé, en 1801 los sabios Bompland y Humboldt pasaron muchas horas en el taller de Mutis y enriquecieron sus colecciones con regalos del sabio granadino.

En 1808, año en que murió Mutis, la expedición había formado un herbario de 20.000 plantas y 6.845 dibujos (2), numerosos manuscritos sobre la flora, la me-

(1) Henao y Arrubla. *Historia de Colombia*, pág. 495.

(2) Vergara y Velasco.—*Historia de Colombia*, página 223.

tereología, los terrenos, bellas colecciones de maderas, de minerales y de pieles de animales, una serie de magníficos cuadros al óleo, de colores naturales, de las principales especies animales del verreinato.

Entre los colaboradores de Mutis, ocupa puesto importantísimo don Francisco José de Caldas, nacido en Popayán, quien se dedicó primero a las matemáticas y a la astronomía y fue después discípulo de Mutis y uno de los más activos miembros de la expedición botánica. Este hombre pequeño, de color bronceado, de ojos vivos, que trabajaba con extremada nerviosidad, abotonándose y desabotonándose su levita y masticando tabaco continuamente, viajó solo, para la expedición, de 1802 a 1805, y durante ese lapso formó un herbario de 5.000 a 6.000 plantas, dos volúmenes de descripciones y numerosos dibujos, reunió los materiales necesarios para la carta geográfica del nuevo reino, formó una zoológica y midió la altura de más de 1.500 pueblos y montañas. Si a esto se agrega un número prodigioso de observaciones meteorológicas y dos volúmenes de observaciones astronómicas y magnéticas, tendremos una idea de la obra colosal de Caldas (1).

El arzobispo Caballero y Góngora fue el amigo de las ciencias y el virrey Espeleta lo fue de las artes y las letras. Con él vino a Santafé, en 1789, un literato cubano, Manuel del Socorro Rodríguez, que fundó y dirigió el primer periódico del país, *El Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá*, cuyo primer número apareció el 9 de febrero de 1791. La prensa tuvo, desde entonces, un papel importantísimo en la elaboración de las nuevas ideas.

A Ezpeleta se debe también la fundación del primer teatro, El Coliseo, donde se representaron las grandes

(1) V. Informe de Caldas del Secretario del Virreinato.

obras clásicas, españolas y francesas. En el sitio del antiguo coliseo se levantó, durante la administración del doctor Rafael Núñez, en 1885, el teatro de Colón, considerado como uno de los primeros de Sur América. La instrucción recibió durante el gobierno progresista de Ezpeleta un vigoroso impulso. El fue quien autorizó en Santafé la fundación del primer colegio de niñas, que dirigió doña Clemencia de Caicedo, dama ilustre «por su nacimiento como por la nobleza de sus sentimientos,» según palabras del virrey. En todas las poblaciones importantes se abrieron escuelas públicas y los colegios de enseñanza superior, San Bartolomé y El Rosario, fundidos en uno, constituyeron una verdadera universidad «cuyos estudiantes, apenas si menores que sus maestros, constituían una pléyade admirable de ardor e inteligencia, que se preparaba para juntar a la aureola del saber el prestigio del martirio patriótico.» La historia se ha encargado de grabar la lista inmortal de aquella juventud, en cuyas filas se reclutaron la mayoría de los próceres de la independencia.

La evolución de las ideas fue ayudada por los *Círculos* que se fundaron en Santafé, durante las últimas administraciones virreinales.

El primero, en orden cronológico, es *La Tertulia Eutropélica*, organizada por don Manuel del Socorro Rodríguez en la Biblioteca Real, cuya dirección le había encomendado el virrey Ezpeleta. En esas reuniones compuso José María Grueso sus *Noches de Guesor* a imitación de las del poeta inglés Joung.

El círculo del *Buen Gusto*, literario, científico y artístico, celebraba sus reuniones en casa de doña Manuela Santamaría de Marique, dama de tanta versación en literatura como en ciencias naturales. Concurrían a él intelectuales como los hijos de la señora Santamaría,

Tomás y José Angel, autor este último de dos composiciones satíricas tituladas la *Tocaimada* y la *Tunjamada*, José Fernández Madrid, Zea, Torres, Ulloa, etc.

Es preciso mencionar *otras compañías de sabios*, presididas por los Restrepos, los Caldas, etc., que tuvieron sus órganos, como el *Correo Curioso*, hebdomenario de literatura, artes y ciencias, cuya publicación se comenzó en 1801 por Jorge Tadeo Lazano y Luis Azuola; *El Redactor Americano*, dirigido por Socorro Rodríguez y, el más célebre de todos, *El Semanario del Nuevo Reino de Granada*, que apareció en 1808, inspirado por Caldas, con escritos de geografía, estadística, comercio, botánica, física, etc., en que se reflejaban la poderosa inteligencia y el profundo saber de sus directores y de sus principales colaboradores: Eloy Valenzuela, Joaquín Camacho, José Manuel Restrepo, etc.

Se concibe perfectamente que en un terreno preparado de tal modo, las ideas de la Revolución francesa hubieran germinado con tal rapidez. Al Precursor de la revolución colombiana tocó el honor de hacer conocer en América la declaración de los *Derechos del hombre y del ciudadano*. Pocas figuras hay tan atractivas como la del prócer granadino don Antonio Nariño, nacido en Santafé en 1765, de una noble familia originaria de Andalucía; hizo notables estudios en el Colegio de San Bartolomé; el virrey Ezpeleta lo nombró tesorero de rentas y sus conciudadanos, siendo muy joven, lo eligieron segundo alcalde. Los muchos cuidados que exigían sus cultivos de tabaco, cacao, quina, etc., no le impedían el seguir instruyéndose: todos los días leía los periódicos extranjeros que podía conseguir; ávido siempre de obras nuevas, las hacía venir clandestinamente de Europa, y formó en poco tiempo una biblioteca de más de 6.000 volúmenes, entre los cuales, fuera de los clásicos antiguos, se hallaban los historiadores, natu-

ralistas, filósofos y sobre todo, los enciclopedistas franceses del siglo XVIII (1).

La casa de Nariño se convirtió en el *rendez-vous* de la aristocracia intelectual de Santafé; en ella se leían y comentaban obras literarias y filosóficas. Recibía a sus visitantes en su laboratorio de física o en la pequeña imprenta que había instalado en dos gabinetes contiguos a su biblioteca, y entre sus camaradas gozaba, según sus biógrafos, de un prestigio y un ascendiente extraordinarios. «De mediana estatura, apuesto, tez blanca, cabellos rubios, cuyos crespos rodeaban el óvalo alargado de un rostro, cuyos ojos azules, ligeramente salidos, cuyos labios y cuya barba pesada, hubieran dado a su fisonomía demasiada molición sin el contraste de una frente ancha, huesosa y de una nariz arqueada, señal de voluntad firme. Nariño se expresaba con una elocuencia cuya seducción ha sido proverbial» (2).

Un día un oficial de las guardias del Virrey prestó a Nariño la *Historia de la Asamblea Constituyente* de Salart Monjoil, que contenía *en extenso la declaración de los Derechos del hombre*. Entusiasmado Nariño, tradujo sus diez y seis artículos, los imprimió y en pocos días, miles de ejemplares distribuyó en la ciudad y en provincias; luego se reprodujeron profusamente y extendió su conocimiento en las capitánías vecinas hasta los confines de Méjico y de la Tierra del Fuego.

La América española se encontraba de ese modo maravillosamente preparada para la evolución política consecuencia inevitable de la evolución intelectual, y los espíritus elevados sólo aguardaban una ocasión para romper las barreras del régimen colonial; esa ocasión, que se presentó muy pronto, fue la abdicación de Fernando VII, en 1808, y el advenimiento al trono español de José Bonaparte.

JULES HUMBERT

(1) Véase Vergara. *Vida y escritos del General Nariño*, Posada, Ibáñez. *El Precursor 1903* y la obra citada de Henao y Arrubla.

(2) Mancini. Op. cit. 82